

MIGRAR COMO ALTERNATIVA DE PROGRESO: APRECIACIONES EN TORNO A LA NOVELA *EL CAMINO*, DEL ESCRITOR ESPAÑOL MIGUEL DELIBES

Gracineia dos Santos Araújo

Los movimientos migratorios se han dado desde que la humanidad existe. En efecto, las primeras migraciones primitivas han sido motivadas por la búsqueda de alimento, es decir, en función de la supervivencia.

Para Pérez Díaz (1971, p.137), "la emigración implica un cambio profundo en la vida del emigrante y en la de su familia: un cambio de actividad profesional y de medio de referencia para la vida social". En esta perspectiva, se puede observar que, a lo largo de la historia, las migraciones se han convertido en sinónimo de progreso y desarrollo.

En la región de Castilla, el fenómeno de las migraciones se ha intensificado en la segunda mitad del siglo XX, motivado por factores no sólo político-económicos, sino también sociales. Muchos campesinos castellanos han estado obligados a emigrar a las regiones más desarrolladas del país, como Cataluña o Madrid, llevando consigo una cultura agraria, tradicional, sumamente consolidada.

En la novela *El camino*, publicada en 1950, Miguel Delibes aborda el fenómeno de las migraciones de la Castilla rural no como una cuestión de ilustración, sino que subraya aspectos como ese que, bastante cotidiano en su literatura, forma parte del pasado de su Castilla natal y también del presente; que contribuye a la formación de la identidad del pueblo castellano, de la consolidación de su historia.

El camino es un auténtico reflejo de la vida cotidiana del mundo rural castellano, revelado a través de la mirada infantil de Daniel, el Mochuelo, un niño de once años, hijo de Salvador, el quesero, que anhela que su hijo tenga una vida diferente a la suya. Para ello: "quería ahorrar, tenía que ahorrar por encima de todo, para que Daniel, el Mochuelo, se hiciera un hombre en la ciudad, para que progresase y no fuera como él, un quesero, un pobre quesero" (DELIBES, 1995, p.38). En esta obra, el escritor castellano encuentra su verdadero camino como novelista, implicándose con problemática existente en el universo campesino español de postguerra.

A través de una ingeniosa mirada literaria, Miguel Delibes construye *El Camino* de manera asociativa, inspirándose en las *historias de historias* de las realidades existentes en un pueblo castellano de montaña, recurriendo a la observación inocente y atenta del protagonista, Daniel, el Mochuelo. No se trata de un relato lineal, sino que está elaborado con la técnica del *flash-back*, por medio de la cual se renuevan los recuerdos infantiles. En *El camino*, Miguel Delibes nos ofrece

una imagen auténtica de la vida cotidiana en los pueblos y aldeas de Castilla. Despojada de tópicos casticistas e

idealizaciones retóricas, fruto de un esfuerzo paciente y tenaz por desentrañar hasta sus raíces más hondas la verdad esencial de las gentes que habitan en su tierra nativa, la imagen de Castilla que Delibes nos ofrece es radicalmente distinta de la visión, unas veces acre y desengañada, otras poetizada y embellecedora, que nos brindaron en su obra los grandes maestros del 98 (VILANOVA, 1993. p.31).

Esta imagen auténtica del cotidiano rural castellano, representada en todas sus vicisitudes, nada tiene que ver con la realidad de la ciudad. En efecto, el ambiente urbano, visto por Daniel, el Mochuelo, y por el narrador, es un mundo completamente ajeno al suyo. Ese *otro mundo* es la composición de un mundo extraño, frío, que posee la capacidad anular las tradiciones rurales y los conocimientos del medio; modifica comportamientos, asigna nuevas costumbres, nuevos valores, nuevas maneras de ver y portarse ante la vida, como se puede observar en el fragmento a continuación:

Ramón, el hijo del boticario, estudiaba ya para abogado en la ciudad, y cuando les visitaba, durante las vacaciones, venía empingorotado como un pavo real y les miraba a todos por encima del hombro; incluso al salir de misa los domingos y fiestas de guardar, se permitía corregir las palabras de don José, el cura, que era un gran santo, pronunciara desde el púlpito (DELIBES, 1995, p.7-8).

Las referencias a la ciudad evidencian que el mundo urbano se perfila como un ambiente perverso, limitado al progreso, restringiéndose a la "civilización" y, por consiguiente, a la mudanza de perspectivas y comportamientos; crea nuevos significados. El nuevo "huésped", sin duda, está condenado a "desnudarse" de su mundo y ponerse nueva "indumentaria" a la hora de ocupar el "nuevo rebaño" de la ciudad. Ante esta realidad, florece el conflicto del protagonista en los momentos que anteceden su partida. Desde un primer plano, este conflicto se configura por el deseo vehemente de su padre, Salvador, y la obsesión de realizar todos los esfuerzos del mundo para enviarle a estudiar el grado a la ciudad.

El padre de Daniel lucha con todas sus fuerzas para hacer realidad el sueño de mandar al hijo a estudiar a la ciudad, dándole la posibilidad de realizar estudios de grado, que supone la única forma de alcanzar el deseado progreso, ya que no pretende que el niño sea un pobre quesero como él:

Lo que su padre no logró haber sido, quería ahora serlo en él. Cuestión de capricho. Los mayores tenían, a veces, caprichos más tozudos y absurdos que los de los niños. Ocurría que a Daniel, el Mochuelo, le había agradado, meses atrás la idea de cambiar de vida. Y sin embargo, ahora, esta idea le atormentaba (DELIBES, 1995, 12).

En la perspectiva de Corsini (2010, p. 533-534), "migrar supõe fazer escolhas, implica renunciar ao que já está constituído: o migrante lança-se numa aventura incerta, arriscada, imprevisível, para construir tudo outra vez, fazer o seu caminho ao

caminhar". Así, *El camino*, obra concebida como un gran cuadro de la vida cotidiana del universo campesino castellano - y hay que aludir a la experiencia personal del escritor de Castilla en sus andanzas por su tierra natal - anuncia la preocupación del autor con la despoblación del mundo rural y, por consiguiente, la pérdida de tradiciones milenarias. Por otro lado, refleja las consecuencias negativas del progreso que expulsa al hombre del campo y lo obliga a buscar mejores condiciones de vida y supervivencia en los centros urbanos.

De acuerdo con Miguel Delibes, la máquina -uno de los frutos del progreso- , ocasiona el mal para los pobres, puesto que al utilizarla, bien poco cuesta hacer el trabajo, destaca. De este modo, con respecto a la afirmación del escritor castellano, añade Elizalde (1992, p.288) que la máquina:

solo ha traído la miseria de los campesinos de Castilla, porque todas las tierras no son cultivables al mismo tiempo. No es práctico comprar máquinas, porque esa gente no saca provecho de ellas. Los jóvenes se han marchado y no hay quien cultive las tierras. Sólo quedan los viejos y los niños.

Además de las consecuencias negativas del progreso, destaca Vilanova (1993, p.36) que en la producción literaria de Miguel Delibes,

se mezcla la brutalidad más salvaje con la más cerrada ignorancia y la más obtusa incomprensión, Delibes parece haberse propuesto una moraleja de doble filo. Por una parte, mostrar el estado de animalidad instintiva a que pueden llevar las infrahumanas condiciones de vida de unas tierras que, como él dice, siguen esperando su redención. Por otra, ridiculizar el progreso mal entendido, que pretende acabar con las apariencias externas del atraso y la miseria, sin eliminar las causas que lo producen y que convierten al hombre en un animal de presa, dispuesto a matar para sobrevivir.

Las vicisitudes que llevan al hombre rural a buscar otras alternativas de vida en la ciudad, enfrentando todo tipo de adversidades, reflejan la realidad de un espacio a veces hostil, que les condena a la decadencia física o psicológica. He ahí que el escritor agudiza su mirada ante las precarias condiciones físicas y el degradante estado de muchos de sus personajes, pero también ante el mundo que lo rodea. Se trata de la literatura comprometida por excelencia, que se empapa de las tragedias humanas, y que ha alcanzado gran repercusión allende las fronteras españolas. Con base en esta perspectiva, subraya Jiménez Lozano (1993, p.22-23), que:

La mirada sobre el hombre, el mundo y la historia en Miguel Delibes...podemos llamarla pesimista o decir, en todo caso, que es de un realismo que no ve motivos para esperar demasiado de la condición humana, ni del tinglado histórico-político, pero tampoco de la creación o la naturaleza tal y como es, porque en el más paradisíaco paisaje por el que atraviesa una perdiz

con sus zapatos rojos, el narrador sabe muy bien que puede surgir un depredador, y se acabó el paraíso.

La agudeza con la que el escritor de Castilla vehicula su obra a los acontecimientos de la sociedad. En todos los casos, hay oprimidos y opresores. Estos últimos, aun en números poco significativos, disponen de los principales recursos y controlan y deciden el futuro de los demás seres, imponiendo sus ideas gracias al poder del que disponen. En ese sentido, observamos la preferencia del escritor por los menos favorecidos, "los más perdedores", según subraya el autor en diferentes ocasiones, personajes abundantes y singulares, representante cada uno de una faceta de la Castilla rural.

Daniel, el Mochuelo, el pequeño gran personaje de la obra *El camino*, es consciente de lo que conlleva su ida a la ciudad, en búsqueda del progreso, que no se conforma con la decisión de su padre de mandarle a progresar a un mundo ajeno al suyo, un mundo que "ninguniza" al mundo rural y se intenta sobreponer como superior, que rechaza los conocimientos de la aldea por el sencillo hecho de disponer de la "civilización".

Además, Ramón, el hijo del boticario, tras marcharse a estudiar a la ciudad, se vuelve empingorotado, Dimas, el oficialito del banco, es un hombre de ciudad que, contrariando toda la tradición católica de la familia y del pueblo, trae consecuencias desoladoras, por medio de sus costumbres urbanas:

Con la llegada de Dimas, el oficialito del Banco, los padres y los maridos del pueblo se pusieron en guardia. Don José, el cura, que era un gran santo, charló repetidas veces con don Dimas, apuntándole las grandes consecuencias que su bigote podría acarrear sobre el pueblo, para bien o para mal...y hasta la Guindilla menor consideró que no era imprudente ni irreligioso dejarse acompañar, de cuando en cuando, por don Dimas, aunque su hermana mayor, extremando el comedimiento, la censurase a gritos "su libertinaje y su descoco notorios".

Lo cierto es que a la Guindilla menor, que hasta entonces se la antojara aquel valle una cárcel vacía y sin luz, se le abrieron repentinamente los horizontes y reparó, por vez primera en su vida, en la belleza de las montañas abruptas, las calidades poéticas de la verde campiña y en lo sugestivo que resultaba oír rasgarse la noche del valle por el estridente pitido del tren (DELIBES, 1995, p.48 - 49).

En ese sentido, el autor aborda la condición de "inferioridad" en la que se encuentra el campo ante la ciudad, a través de la mirada incrédula de personajes que, como el Dimas o Ramón, el hijo del boticario - que fue a progresar a la ciudad y regresa al pueblo con aires de su "superioridad", como forma de cambiar el orden de las cosas. Para ello, actúan en dirección contraria a las tradiciones; manejan un lenguaje adquirido en la ciudad y se imponen como la vanguardia de la moral y las costumbres rurales. Sin duda, y como subraya Sánchez Jiménez (1975, p. 7), "el hombre que vive en la ciudad o en el suburbio tiene a su disposición muchas

posibilidades con las que el campesino mejor situado no puede apenas soñar, y cuenta con determinados accesos a los que el campesino difícilmente llega.”

En un entorno donde la mayoría carece de perspectiva de futuro y posibilidad de movilidad social, los únicos que tienen conciencia de la existencia del progreso en la ciudad son el Boticario, el cura, don José, y Salvador. En esas circunstancias, y por medio de narradores-protagonistas, el escritor enuncia los anhelos y necesidades de las poblaciones rurales, específicamente de los menos favorecidos, compuesta por personajes que no ocupan posición destacada en la sociedad, pero que construyen la vida del pueblo con sus propias manos: el quesero, el herrero, el carnicero, entre otros.

Apartado de una visión meramente utópica de un posible paraíso terrestre, el universo rural castellano en *El camino* es una realidad que llega a ser despiadada, pero a la vez idealizada. No se trata de un mundo meramente de perdedores a través del cual el autor muestra un drama colectivo y social, sino que refleja su preocupación por el drama personal, íntimo, del protagonista que está a punto de abandonar el mundo que conoce para ir a estudiar a la ciudad, donde supuestamente está el progreso. Según señala Sánchez Jiménez (1975, p.10):

La población rural abandona un vivir comunitario que no ofrece las comodidades apetecidas, y el campo se vuelve inhóspito y cada día queda en él menos gente. Se camina, pues, a una DESRURALIZACIÓN que a través de la crisis y con la perspectiva de un futuro incierto, lleva consigo la transformación de la comunidad rural y el cambio de su estructura, si quiere sobrevivir.

Desde su primera novela, *La sombra del ciprés es alargada*, el autor da énfasis a la infancia de sus personajes, siempre sojuzgados entre dramas y conflictos, rodeados de incertidumbres, de angustias y desesperanzas. En el caso de *El camino*, todo intento de convencer del protagonista para abandonar el campo se justifica en la necesidad de progresar, pero este no se convence ni admite fácilmente la decisión de ir a integrarse en el rebaño de la ciudad. Si en *La sombra del ciprés es alargada* los conflictos centrales del niño, Pedro, eran su orfandad, en *El camino* lo será la angustia de Daniel, el Mochuelo, al pensar que tiene que alejarse de su familia, sus amigos y del mundo que conoce. El Mochuelo intenta comprender a su padre, no obstante, jamás consigue conformarse con la idea de futuro que le espera. “Y lloró, al fin” (DELIBES, 1995, p.221), al ser incapaz de cambiar su destino, sin poderse escapar del infortunio de irse de la aldea, donde su vida ha sido dichosa y apacible.

El lugar en que está ambientada la novela es un lugar eminentemente castizo, no solo por la organización del espacio, sino por la manera cómo ocurren los hechos, esa regularidad de la vida, ordenada por un tiempo dilatado: “Muchas tardes, ante la inmovilidad y el silencio de la Naturaleza, perdían el sentido del tiempo y la noche se les echaba encima” (DELIBES, 1995, p.28).

El camino es una novela en la que, más que denunciar las desigualdades sociales, el narrador anhela demostrar la incertidumbre del futuro, acompañando los dramas de las poblaciones rurales, especialmente la lucha incansable entre el padre obsesionado, determinado e irreductible, por un lado, y el hijo soñador, que se resiste a aceptar las fatalidades que el destino le reserva, como la obsesión de su padre y su empeño en mandarle a progresar a la ciudad.

El pueblo a partir de la mirada infantil de Daniel, el Mochuelo.

Por medio de las aventuras, venturas y desventuras de Daniel, el Mochuelo, Miguel Delibes revela al lector las vicisitudes del universo del mundo rural castellano y lo que supone la vida lejos del *progreso*. El autor refleja el cotidiano lejos de la ciudad y reflexiona sobre la idea de progreso, matizada en las relaciones sociales asimétricas, paternalistas y jerarquizadas que existen en el universo campesino.

La avidez por el progreso está intrínsecamente ligada a la vida sufrida de Salvador, el quesero, el padre que abre en la vida del hijo, Daniel el Mochuelo, una nueva perspectiva de futuro que al mismo tiempo elimina para siempre la posibilidad de que este se quede en la aldea, como él, "un pobre quesero" (DELIBES, 1995, p.38). Por esa razón, quería ahorrar, tenía que ahorrar por encima de todo, para que Daniel, el Mochuelo, se hiciera un hombre en la ciudad, para que progresase y no fuera como él, destinándolo a un mundo completamente ajeno al suyo, lejos de la sencillez, del sosiego, la satisfacción, la armonía y la seguridad que el pueblo ofrece a todos sus personajes: "Pero a Daniel, el Mochuelo, le bullían muchas dudas en la cabeza a este respecto" (DELIBES, 1995, p.8). Esa obsesión por la superación del quesero, el anhelo de que su hijo progrese, será avalada por don José, el cura, que se presenta a la mirada del pueblo como un gran santo: "El marcharse a la ciudad a iniciar el Bachillerato, constituía, sin duda, la base de este progreso" (DELIBES, 1995, p.8).

Para Postman (2003-2004, p.229):

Con el éxodo de la mayor parte del pueblo, no queda nadie para adelantar la cultura ni la economía social. Esta emigración es producto de una guerra caricaturesca que no sirve para ayudar a nadie y solamente la gente pobre, los que trabajan para el bienestar del país, y a la vez, para mantener a su familia, van a sufrir. Son ellos, los pobres, las víctimas de un sistema que no funciona.

En sus conversaciones con Alonso de los Ríos (1993, p.147), el escritor castellano indica que "lo que habrá que conseguir, por lo que hay que luchar, es para que las condiciones de vida en el campo no sean míseras, sino humanas, que para disfrutar de un desarrollo cultural y un bienestar material no sea preciso marchar del campo". Por esta razón, la preocupación del autor por reivindicar los valores del mundo rural, no como forma de rechazar rotundamente el progreso tecnológico y científico, "sino hacer que el progreso llegara al pueblo y evitar, de esta manera, su desaparición", como señala Long (2005, p.54), es un factor clave que da al hombre rural la posibilidad de tener ciertos beneficios, a los que se refiere Miguel Delibes, transmitiendo la certeza que la vida en el pueblo tiene sentido:

Era, el suyo, un pueblecito pequeño y retraído y vulgar...Pero para Daniel, el Mochuelo, todo lo de su pueblo era muy distinto a los demás. Los problemas no eran vulgares, su régimen de vida revelaba talento y de casi todos sus actos emanaba una

positiva trascendencia. Otra cosa es que los demás no quisieran reconocerlo (DELIBES, 1995, p. 32-33).

En efecto, Miguel Delibes construye a Daniel, el Mochuelo, como su posible "autorretrato", un niño que vive en un mundo que el autor conoce muy bien, elaborado a partir de un conjunto de elementos extraídos de su experiencia personal por los campos castellanos. Para Jiménez Lozano (1993), se trata de imágenes de su infancia perdida en las aldeas de Castilla. De este modo, "más que el novelista de Valladolid es el escritor de Castilla la Vieja", destaca Alonso de los Ríos (1993, p.22), al hablar de la relación de Delibes con su tierra natal.

El protagonista Daniel, por la capacidad de contemplar y disfrutar de la vida sencilla del universo campesino, con toda su fuerza interior, mantiene una relación sumamente cercana, definitivamente íntima con este espacio, formando parte de él, aunque esté condenado a integrarse en otros espacios y protagonizar otras historias:

Con frecuencia, Daniel, el Mochuelo, se detenía a contemplar las sinuosas callejas, la plaza llena de boñigas y guijarros, los penosos edificios, concebidos tan sólo bajo un sentido utilitario. Pero esto no le entristecía en absoluto. Las calles, la plaza y los edificios no hacían un pueblo, ni tan siquiera le daban fisonomía. A un pueblo lo hacían sus hombres y su historia. Y Daniel, el Mochuelo, sabía que por aquellas calles cubiertas de pastosas boñigas y por las casas que las flanqueaban, pasaron hombres honorables, que hoy eran sombras, pero que dieron al pueblo y al valle un sentido, una armonía, unas costumbres, un ritmo, un modo propio y peculiar de vivir (DELIBES, 1995, p.33).

En la novela *El camino*, el tiempo en este lugar idealizado por los recuerdos y la imaginación del protagonista Daniel, tampoco sigue la lógica precisa de un reloj, acomodándose a una cronología objetiva, sino que se vuelve subjetivo. Se trata de un tiempo visto desde la mirada de Daniel, a partir de su vivencia y no un tiempo medido por un reloj, como ocurre tras la muerte de su amigo, Germán, el Tiñoso: "De repente, el valle se había tornado gris y opaco a los ojos de Daniel, el Mochuelo. Y la luz del día se hizo pálida y macilenta. Y temblaba en el aire una fuerza aún mayor que la de Paco, el herrero" (DELIBES, 1995, p.197).

Con excepción del conflicto interior de Daniel, que le corroe las entrañas, el paisaje, los objetos, las relaciones comunitarias son, en general, acogedores, aportando seguridad, protección y sosiego al personaje; más, incluso, que sus propios familiares. De ahí que:

No le interesaba el progreso. El progreso, en verdad, no le importaba un ardite. Y, en cambio, le importaban los trenes diminutos en la distancia y los caseríos blancos y los prados y los maizales parcelados; y la Poza del Inglés, y la gruesa enloquecida corriente del Chorro; y el corro de bolos; y los tañidos de las campanas parroquiales...Sin embargo, todo había de dejarlo por el progreso (DELIBES, 1995, p.216).

En general, de acuerdo con las experiencias del presente y los recuerdos del pasado, ese espacio acogedor que supone que es el universo campesino es determinante en la vida del protagonista, pues a través de la imaginación y la memoria el personaje se siente arropado, prescindiendo de vivir otros experimentos, en otro lugar. Así, el día antes de su partida, el protagonista tiene una visión retrospectiva de los acontecimientos y evoca y rememora su existencia desde su cama: "Daniel, el Mochuelo, recordaba los buenos tiempos, los tiempos de las transacciones fáciles y baratas" (DELIBES, 1995, p.31). La experiencia del pasado es enriquecida por los aportes de la naturaleza, que transforma la vida de Daniel, dándole sentido: "Suponían una paz inusitada los días de lluvia, que en el valle eran frecuentes..." (DELIBES, 1995, p.92). Sin embargo, él no tiene la culpa de que "el valle estuviera ligado a él de aquella manera absorbente y dolorosa" (DELIBES, 1995, p. 215). Esa relación y apego a la naturaleza, explícitamente evidenciada, también fortalece el apego del personaje a la vida de la aldea, como un pequeño puente edificado en sus sueños que lo transporta a lo maravilloso, cuya amplitud es recorrida continuamente por la fecunda imaginación infantil. Vivir en este ambiente es fascinante, es estar metido en un mundo singular y poder disfrutar y contemplarlo como ley de vida:

En las tardes dominicales y durante las vacaciones veraniegas los tres amigos frecuentaban los prados y los montes y la bolera y el río. Sus entretenimientos eran variados, cambiantes y un poco salvajes y elementales (...) Con los tirachinas hacían, en ocasiones, terribles carnicerías de tordos, mirlos y malvises (DELIBES, 1995, p.61).

Además de ser lugar de constante contemplación, que aporta felicidad, el ambiente de la aldea es un lugar también de descubrimientos que motivan el día a día, que da sentido a la vida: "Los días de lluvia encerraban un encanto preciso y peculiar. Era el momento de los proyectos, de los recuerdos y de las recapitaciones" (DELIBES, 1995, p.93). Ese universo rural, cobijo de la infancia de un niño soñador, aparece en diversos momentos de la narrativa, aunque no solo como un *locus amoenus*, sino, también, como un lugar de preocupación social, una vez que el autor presenta al universo rural como un escenario también de privaciones, reflejado en las desigualdades sociales existentes. En ese sentido, recuerda Toribio (2004, p.150) que "las relaciones entre materia novelable y realidad histórica han sido siempre estrechas y fecundas", no siendo pocas las veces que, con frecuencia, se reconstruye un capítulo de la historia "o un pasaje concreto del pasado de una civilización o de un pueblo" (TORIBIO, 2004, p.151), erigiéndose en el núcleo de la novela y en el conjunto de textos, poniendo en prueba las habilidades del narrador.

La obligación de marcharse cobra fuerza a medida que pasa el tiempo y se acerca el día de la partida. La trayectoria del personaje, a través de la relación con los amigos, que le aportan los elementos necesarios para su conocimiento de mundo, también imprime nuevos códigos y contribuyen a su madurez, fundamentales para irse formando como persona adulta: "Ahora, Daniel, el Mochuelo, ya sabía lo que era tener el vientre seco y lo que era un aborto...quizá si no hubiera conocido a Roque,

el Moñigo, seguiría, a estas alturas, sin saber lo que era un vientre seco y lo que era un aborto" (DELIBES, 1995, p.15).

Para Daniel, la imagen de la ciudad como lugar de progreso será, sin embargo, rechazada completamente será asociada a un espacio de desconcierto, de infelicidad, de deterioro de las experiencias y modo de vidas rurales, no como un ambiente de fantasía o de grandeza. Para él, la grandeza de la vida está en la sencillez de las cosas y de las personas, en su fortaleza, su aspecto primitivo, como Paco, el herrero, o su padre, Salvador. No obstante:

Su madre no se refería a esta clase de grandeza cuando le hablaba. Quizá su madre deseaba una grandeza al estilo de la de don Moisés, el maestro, o tal vez como la de don Ramón, el boticario, a quien hacía unos meses habían hecho alcalde (...) Mas, a Daniel, el Mochuelo, no le fascinaban estas grandezas. En todo caso, prefería no ser grande, ni progresar (DELIBES, 1995, p.11).

Pese a la tensa relación de sus padres, el espacio familiar y comunitario de Daniel, el Mochuelo, se presenta en la novela como un espacio-cobijo, iluminado por la imaginación creadora infantil, idealizado por sus colores, sus sabores...y todos los elementos que contribuyen a su felicidad: la naturaleza (olores, colores, ruidos...), los amigos (diversión, conocimiento de mundo...), los descubrimientos (de la vida, del amor...). Todo ello, sumamente alejado del universo urbano, desconocido, novedoso...quizás opresor y transformador del comportamiento humano, tal como hemos comentado anteriormente al mencionar los cambios de Ramón, el hijo del boticario, tras haberse instalado en la ciudad para estudiar.

De este modo, ese ambiente-cobijo, con significados marcados en la fantasía de los personajes, permanece en la conciencia de los que tienen que marchar, extendiéndose en el espacio y en el tiempo, y los personajes siguen conectados con la infancia, conservado la integridad de su esencia, empapados de recuerdos.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO DE LOS RÍOS, C. *Conversaciones con Miguel Delibes*. Barcelona: Destino 1993.

CORSINI, Leonora. Migrações e êxodo constituinte. In: FERREIRA, Ademir Pacelli (et al.). *A experiência migrante: entre deslocamentos e reconstruções*. Rio de Janeiro: Garamond, 2010.

DELIBES, Miguel. *El camino*. Barcelona: Destino, 1995.

ELIZALDE, Ignacio. "La actitud de Miguel Delibes ante la realidad". En *Miguel Delibes. El escritor, la obra y el lector*. Dirigido por Cristóbal Cuevas García. Actas del V Congreso de Literatura Española Contemporánea, Universidad de Málaga, 12,13, 14 y 15 de noviembre de 1991. Editorial Anthropos. Barcelona, pp. 277-292, 1992.

LONG, María Luz. *La repercusión del conflicto del 36 en la obra de Miguel Delibes*. Madrid: Pliegos, 2005.

Jiménez Lozano, J. "Lectura privada de Miguel Delibes" en: Jiménez Lozano, J. (dir). *El autor y su obra: Miguel Delibes. Actas del Escorial*. Cursos de verano 1991. Universidad Complutense de Madrid, 1993, 19-29.

Nebrera, G. T. "Arcadia amenazada": Modulaciones sobre un tema en la narrativa de Miguel Delibes en: Cuevas García, C. (dir). *Miguel Delibes. El escritor, la obra y el lector. Actas del V Congreso de Literatura Española Contemporánea*, Universidad de Málaga, 12,13, 14 y 15 de noviembre de 1991. Editorial Anthropos. Barcelona, 1992, pp. 31-60. AMBITOS LITERARIOS/Ensayo.

Palomo, M. P., *Estudios sobre Miguel Delibes*. Madrid: Universidad Complutense, 1983.

PÉREZ DÍAZ, Víctor. *Emigración y cambio social. Procesos migratorios y vida rural en Castilla*. Barcelona. Ediciones Ariel, 1971.

POSTMAN, Sheryl Lynn. "El dominio del orbe de Caína en la contemporaneidad de El disputado voto del Señor Cayo de Miguel Delibes". Castilla: Estudios de literatura, ISSN 1133-3820, Nº 28-29, pp. 219-240, 2003-2004.

SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José. *La vida rural en la España del siglo XX*. Barcelona. Editorial Planeta, 1975.

TORIBIO, José Manuel Cuenca. *Historia y literatura*. Madrid, Actas, 2004.

VILANOVA, A. "Inocencia natural y conciencia moral en la obra de Miguel Delibes" en: Jiménez Lozano, J. (dir). *El autor y su obra: Miguel Delibes. Actas del Escorial*. Cursos de verano 1991. Universidad Complutense de Madrid, 1993, 31-40.